

doscientas piezas de artillería, las armas, las municiones y los vestidos para los veinticinco mil hombres que pedía, pero lo envió á Beaumarchais. Éste, con el nombre de Hortález, había organizado una casa de comercio franco-española que suministró á los americanos material de guerra, dinero y voluntarios, haciéndose las operaciones por conducto de algunos intermediarios. Los arsenales franceses expedían así á América cañones, fusiles, pólvora y efectos de equipo y de campamento. A los americanos faltábanles especialmente oficiales é ingenieros; por lo que Du Coudray, ayudante general de artillería, fué á organizar su artillería y su cuerpo de ingenieros. Al despacho de Deane aflúan numerosos voluntarios, la mayoría de los cuales eran jóvenes nobles entusiasmados por la causa de la independencia americana, entre los que se contaban La Fayette, su cuñado Noailles y su amigo Segur. Desde aquel momento pareció próxima la intervención oficial de Francia; pero Vergennes, muy prudente, no acababa de decidirse, tanto menos cuanto que, después de algunas victorias al principio, el año 1776 se presentaba mal para los americanos y que en el continente eran siempre de temer complicaciones.

En septiembre de 1776, el Congreso envió á París unos comisionados, entre los cuales estaba Benjamín Franklin, á quien todo París visitó en su casa de Passy y admiraban sabios y filósofos comparándole con Sócrates y Newton, y que encantaba al vulgo por su hombría de bien y por la sencillez de su traje pardo y de sus grandes zapatos.

La política de paz tenía aún partidarios en Francia sobre todo entre los economistas, los banqueros y la clase media rica; pero los sentimientos hostiles á Inglaterra se manifestaban en las provincias marítimas, en las ciudades importantes y entre la nobleza, la marina y el ejército, y á esto se juntaba una simpatía ardiente por aquel pueblo que quería ser libre. La prudencia del gobierno irritaba á la opinión y los cancioneros acusaban á Vergennes de cobardía. En 1777, los americanos amenazaron con entenderse con Inglaterra y los ingleses intimaron al gobierno francés que cerrase sus puertos á los buques del Nuevo Mundo. Era, pues, preciso adoptar una resolución.

Vergennes persistía en no querer romper las hostilidades sin estar seguro del concurso de España. En 1776, los dos gobiernos habían firmado un convenio secreto por el que se comprometían á tener una escuadra de observación en América; pero habiendo Carlos III, en 1777, nombrado ministro á Floridablanca, éste no quiso que el rey de Francia considerase á su soberano como «una especie de gobernador de provincia» y siguió una política propia. A pretexto de que España carecía de recursos para hacer la guerra á Inglaterra y de que españoles y franceses podían muy bien «trabajar separadamente sin dejar de ser amigos», entró en negociaciones con los ingleses y les ofreció la mediación de España para asegurar la paz. Floridablanca acariciaba la esperanza de que Inglaterra restituiría Gibraltar, y cuantos esfuerzos hizo un nuevo embajador francés en Madrid, Montmorín, para desvanecer aquellas ilusiones resultaron inútiles. En el entretanto, el gabinete de Versalles, sabedor de que los americanos habían vencido y hecho prisionero en Saratoga, en 16 de

octubre de 1777, al ejército inglés mandado por Burgoyne, se decidió y en 6 de febrero de 1778, firmó con los Estados Unidos un tratado de comercio, de amistad y de alianza. En 15 de marzo, lord Stormont recibió la orden de salir de París; el embajador en Londres, Noailles, fué llamado á Francia, y el comisario inglés que desde 1763 estaba instalado en Dunkerque fué expulsado.

#### IV.—La primera fase de la guerra de la independencia americana (1778-1780).

Desde hacía quince años no había habido una guerra importante en la Europa occidental ni en el océano, y la opinión se preguntaba qué valdrían el ejército y la marina de Francia recientemente constituidos. Los efectivos de esta marina no eran inferiores á los de la inglesa, pues constaban de setenta y ocho navíos de línea, otras tantas fragatas y un gran número de barcos secundarios, y en cuanto á los arsenales y á los astilleros, tanta actividad reinaba en los de aquende como en los de allende, la Mancha (1). Pero los buques británicos estaban mejor contruidos y aparejados que los franceses y casi todos forrados de cobre, eran más rápidos y tenían mayor precisión de movimiento. El sistema francés de la inscripción marítima valía más para el reclutamiento que el régimen inglés de la leva forzada; pero ya hemos visto cuán imperfecto era. Por lo demás, lo mismo en Francia que en Inglaterra, para suplir la insuficiencia de los reclutamientos nacionales era preciso reclutar extranjeros. Los oficiales de las dos marinas estaban á la misma altura, con la diferencia, sin embargo, de que en Inglaterra no había como en Francia dos cuerpos de oficiales que se envidiaban y contrarrestaban mutuamente. Los almirantes de ambas naciones, los ingleses Keppel, Hardy y Byron y los franceses d'Orvilliers, Guichen y Grasse, apegados casi todos á los métodos tácticos consagrados, cifraban su gloria en los grandes cruceros, en las evoluciones sabias y en el arte de sustraerse al enemigo; pero la guerra iba á hacer surgir hombres animados de la pasión de combatir: en Inglaterra, Rodney; en Francia, La Motte-Piquet y Suffren.

La ruptura de las hostilidades partió de los ingleses sin previa declaración de guerra; en efecto, en 17 de junio, la fragata inglesa *Arethuse* atacó á la fragata francesa *La Belle Poule*, que se defendió con buen éxito.

Francia aceptó con satisfacción la guerra comenzada. Las mujeres se adornaron con tocados á la *Belle Poule*; algunos corsarios recorrieron el mar, y el ministerio estudió proyectos de desembarco en las Islas Británicas, decidiéndose, en principio, por una acción combinada de las flotas francesa y española en la Mancha y por el desembarco de cuarenta mil franceses en la isla de Wight á fin de amenazar desde allí Southampton, Portsmouth y Londres, pero aplazando la ejecución de este plan hasta que estuviese definitivamente concertada la alianza entre Francia y España. En el entretanto, el mariscal de Broglie reunió tropas en Normandía y el

(1) Respecto de la marina francesa, véase anteriormente, páginas 219-224.

teniente general d'Orvilliers concentró en Brest una escuadra de treinta y dos navíos de línea.

Confíabase mucho en el talento de este marino que había secundado á Sartine en sus reformas y servido á las órdenes de La Galissonniere; pero tenía sesenta y ocho años y carecía de audacia. Salido de Brest en 8 de julio, navegaba en aguas de Ouessant cuando encontró la escuadra inglesa, mandada por Keppel, y aunque él quiso evitar la lucha, sus tenientes, el duque de Chartres y La Motte-Piquet, le persuadieron á que arriesgase el combate. Después de un encuentro reñido, los ingleses, en 17 de julio, se retiraron, y aunque la acción quedaba indecisa, el efecto moral que causó fué extraordinario. Los ingleses, humillados de no haber salido vencedores, sumariaron á sus almirantes; los franceses, orgullosos de haber resistido tan bien, se entusiasmaron.

Al año siguiente, 1779, pensóse en dar un gran golpe. El gabinete español, que no había obtenido de los ingleses ni la aceptación de su mediación ni la restitución de Gibraltar, firmó, en abril, con Francia el tratado de Aranjuez y en junio declaró la guerra á Inglaterra. En su consecuencia, hiciéronse los preparativos para el desembarco.

Vergennes y Maurepás no eran partidarios de un desembarco en Inglaterra y habrían preferido una campaña decisiva en aguas de América; pero el público, como los marinos y los militares, quería herir á Inglaterra en el corazón. La Fayette, que había regresado de América para tomar parte en la operación, escribía á Washington: «Se prepara un golpe que derrumbará esa grandeza inflada» de Inglaterra; y los patriotas veían ya la bandera blanca «plantada en medio de la nación insolente.» Los españoles también querían que se marchase sobre Londres y decían que ochenta batallones y cincuenta escuadrones darían buena cuenta de los milicianos ingleses y que «de una plumada» se conseguiría Gibraltar y Menorca.

En su consecuencia reuniéronse en Saint-Malo y en el Havre cuarenta mil hombres, al mando del mariscal de Vaux, de cuyo estado mayor formaban parte Segur, Lauzun y La Fayette, y se dispusieron cuatrocientos transportes. «Mi corazón—escribió un oficial—llama al viento del Sur que traerá á d'Orvilliers.» Los gabinetes de Versalles y de Madrid habían resuelto que, para engañar á los ingleses, d'Orvilliers, con la escuadra de Brest, se reuniría en las islas Sisargas, cerca de la Coruña, á la escuadra de Cádiz, mandada por Córdoba, y que desde allí las dos flotas juntas harían rumbo á la Mancha á fin de proteger el paso de las tropas de desembarco.

Pero la escuadra del septuagenario Córdoba, que se componía de buques pesados y dotados de tripulaciones desigualmente instruidas, llegó á las Sisargas con cincuenta días de retraso, el 23 de julio. Vientos contrarios inmovilizaron durante un mes las dos flotas y una epidemia de escorbuto diezmo las tripulaciones. La flota aliada, después de haberse detenido en Brest, limitóse á incoherentes tentativas, ora por el lado del cabo Spithead, ora hacia Falmouth ó hacia las islas Sorlingas. Sartine sacrificó á d'Orvilliers, á quien se calificaba de almirante «de los Capuchinos;» pero du Chafat, á quien puso en el puesto de aquél, reconoció

la imposibilidad de atravesar la Mancha en otoño. Y así abortó el gran esfuerzo de aquella Armada.

En los mares lejanos, sucediéronse en 1778 y 1779 las victorias y las derrotas. Los ingleses conquistaron el Senegal, Chandernagor y Pondichery. D'Estaing, aquel brigadier de infantería, temerariamente bravo, detestado por los oficiales rojos y adorado por los azules y por los soldados, atacó por mar, en agosto de 1778, Newport, en el Estado de Rhode Island, mientras la atacaba por tierra un pequeño ejército franco-americano. Noticioso de que se aproximaba una escuadra inglesa hízose mar adentro para combatir contra ella; pero impidiósele una tempestad y, maltratado por ésta, retiróse



Noailles

á Boston á fin de reparar sus buques. En 1779, operó en las Antillas, apoderóse de las islas de San Vicente y Granada, derrotó, en 6 de julio, la escuadra de Byron, si bien dejándola escapar, y regresó á Francia. La Motte-Piquet, que interinamente ejerció el mando en las Antillas, salvó en diciembre de 1779, la mayor parte de un convoy que había sido atacado por una escuadra inglesa cuádruple de la suya.

Francia no encontraba entre los insurrectos la cooperación que había esperado; sus jefes no consentían de buen grado en unir sus operaciones á las de las flotas francesas; abrigaban contra las dos naciones católicas de Francia y España y contra los voluntarios nobles que les ayudaban prevenciones que fomentaba el partido favorable á una reconciliación con Inglaterra; y reclamaban el derecho de pesca en Terranova y además la Florida, que Vergennes había prometido á España como precio de su concurso. Los franceses acusaban á los americanos de egoísmo, de indisciplina, de orgullo y de hipocresía, y comenzaban á creer que la alianza americana era un engaño; pero La Fayette, á su regreso de Francia en 1778 reavivó el entusiasmo.

La Fayette, joven señor de veinte años, de porte grave y palabra reservada, había gustado á los americanos por sus dotes que contrastaban con el tono frívolo,

las maneras desdeñosas y la petulancia de sus compañeros de armas, y les había conquistado con su pasión desinteresada y su culto de «paladín» por la causa de la libertad. Washington, á pesar de sus prevenciones contra los franceses, se había encariñado con él, llegando á sentir gratitud por un país que tales hombres producía, é hizo que le dieran un mando. Para los milicianos americanos, La Fayette fué más que un jefe; fué el amigo del soldado, *soldier's friend*.

No menos popular en Francia, puso su popularidad al servicio de América, reclamando para Washington un cuerpo de tropas veteranas y artillería. Franklin, por su parte, por medio de la prensa, de los salones y de los literatos, trabajaba la opinión y persuadió al ministerio á que enviase un ejército á la América del Norte.

Vergennes no se hacía ilusiones sobre la fuerza de resistencia de los americanos; á los treinta y tres mil ingleses, bien alimentados y bien pagados que ocupaban los principales puntos estratégicos de la costa, los Estados Unidos sólo podían oponer veinticinco mil milicianos indisciplinados, sin vestidos y sin pagas, y vivían únicamente de empréstitos, perdiendo su papel moneda el 50 por 100. El rey, para obligar á Inglaterra á entrar en negociaciones, resolvió hacer un poderoso esfuerzo; pero era menester que se le asegurara el mantenimiento de la paz en Europa.

V.—*El congreso de Teschen (1779) y la liga de la neutralidad armada (1780) (1)*

Ahora bien, la guerra parecía inminente. José II quería á todo trance retener la parte de Baviera que había invadido y llegó hasta á ofrecer al rey de Prusia los obispados de Westfalia secularizados, oferta que Federico rechazó. María Teresa negoció inútilmente con éste, á espaldas del emperador, y á fin de julio de 1778 la ruptura pareció inevitable. El rey de Prusia recurrió á la zarina y tropas prusianas invadieron la Bohemia y se encontraron en presencia de los imperiales cerca de Sadowa.

Mercy acababa de formular nuevas peticiones para

(1) FUENTES: *Recueil des instructions données aux ambassadeurs* (vol. Austria, Prusia, Rusia), *Recueils de Martens* (t. VI) y de de Clercq (t. I), la *Politique de tous les Cabinets de l'Europe*, citados en la pág. 234. De Martens, *Actes diplomatiques concernant le congrès de Teschen* («Société impériale», t. LXV). *A Collection of public acts and papers relating to the principles of Armed Neutrality*, Londres, 1801. *Aktenstücke die Bewaffnete Neutralität betreffend* (en la Colección de Herzberg, t. I). *Recueil de documents diplomatiques concernant la Neutralité armée tirés des Archives de Moscou*, Moscou, 1859. *Un diplomate français à la cour de Catherine II (1775-1780)*; *Journal intime du chevalier de Corberon*, pub. por Labande, París, 1901, 2 vol. Conde de Segur, *Mémoires ou souvenirs et anecdotes*, París, 1824-1826, 3 vol.

OBROS: De Flassán (t. VI), Leger, d'Arneht, Sorel, Tratchew-ky, Droysen, Exner, Waliszewski, ya citados. Beer, *Zur Geschichte des Bayerischen Erbfolgekrieges* («Hist. Zeitschrift», t. XXXV); id. *Die Sendung Thuguts an die Preussisch-Oesterreichischen Verhandlungen*, Francfort, 1890. Koser, *König Friedrich der Grosse*, Stuttgart, 1893-1903, 2 vol. Unzer (Adolfo), *Der Friede von Teschen*, Kiel, 1903. Fauchille, *La diplomatie française et la ligue des Neutres*, París, 1893. Bergholm, *Die Bewaffnete Neutralität*, Berlín, 1884. Doniol, *L'introduction par la France du droit des Neutres...* París, 1880. Eichelmann, *Der Bewaffnete Neutralitätsbund Russlands* («Russische Revue», 1888).

decidir á Luis XVI á que se explicase sobre el *casus foederis* y á que hablase al rey de Prusia «un lenguaje bastante imponente para hacerle más asequible á una conciliación,» lo cual equivalía á querer que Francia abrazara un partido. Pero Vergennes no quería irritar al rey de Prusia, quien, según él, merecía «las mayores consideraciones en atención á los lazos íntimos que le unían con Rusia, y, si se le irritaba, se inclinaría á una alianza con Inglaterra, alianza en la cual entraría quizás Rusia.» El ministro, sumamente perplejo, pesaba el pro y el contra; pero fué la zarina Catalina II la que precipitó el desenlace, haciendo avanzar un cuerpo de tropas sobre las fronteras de Polonia para apoyar al rey de Prusia, é intimando á la corte de Viena á que conviniese con Federico «un arreglo legal y amistoso de toda la sucesión bávara.» Catalina, además, había ofrecido á fines de octubre al rey de Francia que compartiese con ella su papel de mediadora. Reunióse en Breslau un congreso que luego se trasladó á Teschen y allí se firmó en 13 de mayo de 1779 la paz, por virtud de la cual la corte de Viena cedió al Elector palatino, duque de Baviera, todos los distritos bávaros que había ocupado, excepción hecha del territorio comprendido entre el Inn y el Salza, ó cuartel del Inn, que, con Braunau conservó en su poder.

Francia obtuvo por la paz de Teschen ventajas inmediatas, pues aseguró el equilibrio y la paz de Europa y se puso en condiciones de hacer más vigorosamente la guerra marítima contra Inglaterra. Pero la emperatriz Catalina que había inspirado ó, mejor dicho, dictado la paz, salía garante de la paz de Teschen y, por ende, de los tratados de Westfalia que ésta confirmaba, y con ello se aseguraba el derecho de intervenir en Alemania, en donde se hizo una clientela, apareciendo, por consiguiente, como el árbitro de Europa. Los turcos, por otra parte, pagaron el precio de la colaboración por ella prestada á Francia. Rusia pretendía hacer el comercio en el mar Negro é implantar su influencia en Crimea; pero el sultán se resistía y el conflicto podía determinar una guerra. Catalina había entretenido las negociaciones que se seguían en Breslau hasta estar segura de obtener en Constantinopla la paz en las condiciones por ella fijadas; y el embajador de Francia Saint-Priest trabajó para reconciliar á los turcos y á los rusos, es decir, para arrancar á aquéllos algunas concesiones que acelerasen en Alemania la obra de la paz. El convenio de Ain-Ali-Qavaq, de 21 de marzo de 1779, facilitó á Rusia el comercio del mar Negro y consolidó en Crimea la influencia de su protegido el khan Shah-Ingheire.

José II y Kaunitz dieron oficialmente las gracias al gabinete de Versalles, pero en el fondo no le perdonaban que los hubiese abandonado. José II resolvió aliarse con Rusia, de cuya fuerza acababa de sufrir la prueba y en junio de 1780 fué á visitar á la zarina á Mohilew. Vergennes mantuvo la alianza austriaca, á pesar de todo, comprendiendo que el sistema de 1756, por quebrantado que estuviera, conservaba su valor defensivo, y de cuando en cuando prestaba algún buen servicio al Austria; así por ejemplo, apoyó, no obstante las recriminaciones de Prusia y de Sajonia, la candidatura del archiduque Maximiliano, hermano de María Antonieta, á la sucesión eventual del electorado en

Colonia, y habiendo el conde de Chalons, ministro de Francia en Colonia, vencido la resistencia del cabildo, el archiduque fué elegido, en agosto de 1780, coadjutor del elector.

El rey de Prusia, alarmado por los proyectos de José II, habría de buena gana reanudado con Francia la alianza de 1741, y su embajador, el conde de Goetz declaraba que se adhería, «sin reservas,» á la política del gabinete de Versalles, mientras él rechazaba las insinuaciones de Inglaterra, recibía á los enviados americanos, hablaba de reconocer la independencia de los Estados Unidos, abría Dantzig á los corsarios de éstos y favorecía el alistamiento de oficiales destinados á instruir á los insurrectos. Pero Vergennes no quería ninguna unión íntima con un príncipe de quien desconfiaba.

De Rusia llególe un concurso inesperado.

Inmediatamente después de la declaración de guerra, los ingleses se habían arrogado el derecho de visitar los buques y de apreciar en ellos las mercancías enemigas y el contrabando de guerra, en el que incluían, además de las armas, las maderas de construcción, el alquitrán, los cables necesarios para la construcción de barcos y hasta los granos y las legumbres. Además declaraban en estado de bloqueo, por simple decreto del almirantazgo y sin hacerlos guardar por fuerzas suficientes, los puertos enemigos cuya entrada pretendían impedir á los buques neutrales, y aplicaban con todo rigor el derecho de presa y el de visita en una época en que las nuevas ideas comenzaban á transformar el derecho marítimo.

Vergennes, por el contrario, reconoció por una declaración de julio de 1778, la libertad de navegación para los neutrales: únicamente podía ser apresado el contrabando de guerra, es decir, las armas y las municiones, y en cuanto al bloqueo, sólo sería reconocido si era efectivo, no «un bloqueo sobre el papel.» De estas disposiciones habían de beneficiarse las potencias neutrales que, dentro de seis meses, se adhirieran á tales principios y adoptaran medidas para hacer respetar su neutralidad.

El ardor era hábil, pero los neutrales vacilaban en pronunciarse. Holanda, que, por consejo del embajador de Francia, La Vauguyón, hizo convocar sus buques mercantes por barcos de guerra para substraerse á la visita, hubo de renunciar, ante las amenazas de Inglaterra, al derecho de escolta. Únicamente Prusia se adhirió á la declaración francesa.

Catalina II sentía por los ingleses una simpatía fortalecida por la comunidad de intereses: Inglaterra exportaba las tres cuartas partes de los productos rusos é importaba en Rusia las nueve décimas partes de las mercancías europeas; además, aún no se presentaba como protectora del imperio otomano. Los gabinetes de Saint-James y de San Petersburgo negociaban una alianza que habría dejado á la zarina en entera libertad de obrar contra los turcos, mediante el compromiso de imponer su mediación á Francia y á España.

Esa inteligencia anglo-rusa estuvo, al parecer, á punto de anudarse. Habiendo los españoles apresado dos barcos rusos en aguas de Málaga, Catalina se armó y en 27 de febrero de 1780 publicó una declaración que propuso á las potencias y en la que se decía que «los

buques neutrales» podrían «navegar libremente de puerto á puerto y en las costas de las naciones en guerra,» y que los «efectos pertenecientes á los súbditos de las potencias en guerra» serían insecuestrables en los buques neutrales, excepción hecha de las mercancías de contrabando. La zarina hacía saber que, «para proteger el honor de su pabellón, la seguridad del comercio y de la navegación de sus súbditos, contra quienquiera que fuese, haría aparejar una parte considerable de sus fuerzas marítimas.» En la mente de Catalina, la declaración iba dirigida contra Francia y España; pero estas dos potencias se adhirieron á los principios en ella contenidos. Inglaterra formuló algunas reservas; mas la zarina que, habiéndose reconciliado con José II después de la entrevista de Mohilew, no necesitaba ya de ella para resolver la cuestión de Oriente, volvióse contra los ingleses que se obstinaban en rechazar el principio de la libertad de los mares. Después de Francia y de España, adhirióse á la declaración, desde 1780 á 1783, Dinamarca, Suecia, las Provincias Unidas, Prusia, Austria, Portugal y finalmente las Dos Sicilias. Rusia, Dinamarca y Suecia concertaron además una liga defensiva y armaron una flota para hacer respetar su neutralidad. Catalina había alcanzado la gloria, que no buscaba, de hacer entrar en razón á los tiranos de «los mares.»

Por lo demás, hacía poco caso de su declaración y sólo esperaba la paz para reconciliarse con los ingleses. «La neutralidad armada, decía Harris, es la nulidad armada; hacedla aún más nula firmando la paz.»

VI.—*La segunda fase de la guerra de la independencia americana (1780-1783)*

En el entretanto proseguía la guerra en América y por mar. Los corsarios de Dunkerque, Marsella, Nantes y Saint-Malo realizaron grandes proezas; el corsario americano Pablo Jones adquirió una celebridad universal saqueando los buques y los puertos ingleses hasta en la Mancha; y La Motte-Piquet apresó, en 2 de mayo de 1781, toda una flota que conducía á Inglaterra los despojos de Saint-Eustache, la más rica de las Antillas holandesas (1)

Toda Europa tenía puesta su atención en el sitio de Gibraltar. Elliot mandaba en la plaza, que sitiaban por tierra quince mil franceses y veinticinco mil españoles á las órdenes de Crillon; el jefe de escuadra Baredo bloqueaba el puerto. En 27 de diciembre de 1779, Rodney parte de Inglaterra para aprovisionar á Elliot; Córdoba permanece inmóvil en Cádiz y Rodney, en 11 de enero de 1780, dispersa una escuadra española y hace entrar un convoy en la plaza sitiada. Guichen, salido de Brest, llega á Cádiz cuando ya Rodney había abandonado Gibraltar. En 1781, Darly, que había partido de Portsmouth en marzo, cruza los mares entre Cádiz y Gibraltar á fin de vigilar á Córdoba, y uno de sus lu-

(1) Los ingleses que aplicaban rigurosamente sus principios de derecho marítimo á los holandeses, les declararon la guerra en 20 de diciembre de 1780, á fin de evitar que se adhiriesen á la Liga de neutralidad armada. Los Estados generales, lentos como de costumbre, no votaron esta adhesión hasta 3 de enero siguiente y los neutrales, alegando este retraso, se negaron á abrazar el partido de las Provincias Unidas contra Inglaterra.

garternientes abastece la plaza. En 1782, los aliados realizan un gran esfuerzo; las escuadras de Guichen y Córdoba llegan, en 12 de septiembre, á la bahía de Algeciras y delante de Gibraltar se instalan baterías «insubmersibles é incombustibles» que rompen el fuego; pero en una salida nocturna en chalupas cañoneras, los ingleses vuelan aquellas baterías. Otra noche el almirante Howe abastece nuevamente la plaza. Las flotas enemigas apenas cambiaron algunos cañonazos, en 20 de octubre, cerca del cabo Espartel, y esta fué la última operación efectuada delante de Gibraltar.

Los grandes armamentos de los aliados sólo les valieron la conquista de Mahón y de la isla de Menorca, en 1782. «Es extraño, decía José II, que con tan poderosos medios y tan grandes gastos los Borbones acaban siempre sus campañas con la promesa de una más brillante para el año siguiente.» En las Antillas las victorias y los reveses se compensaron; en la India, por el contrario, Francia tomó el desquite de sus humillaciones de la guerra de Siete Años, y allí fué donde Suffren se hizo fuerte.

Nacido en Provenza en 1726, Suffren había debutado en la marina real en 1743, y habiendo ingresado en la orden de Malta, desempeñó en ella la dignidad de baile. Había combatido durante las guerras de Sucesión de Austria y de Siete Años. Valiente hasta la temeridad, despreciaba, como Rodney, «el hombre de los golpes de suerte», la táctica rutinaria, las ostentaciones majestuosas y las elegancias de las maniobras; multiplicaba las evoluciones rápidas, buscaba el punto débil de los enemigos, lanzaba contra él sus buques, empeñaba el combate á tiro de pistola y precipitaba el tiro de modo que la acción fuese mortífera, corta y decisiva. Cuando sus capitanes le secundaban mal, les desembarcaba; cuando sus tripulaciones no eran bastantes, alistaba criollos, indios, negros; y cuando sus buques hacían agua ó habían perdido sus mástiles en la batalla, instalaba en el primer puerto ó en una rada foránea astilleros provisionales. En la India supo anudar alianzas y reanimar los odios contra Inglaterra; y aunque no era este el papel que se le había señalado, él lo tomó.

Enviado desde Francia para abastecer la colonia holandesa del Cabo, de la que los ingleses querían apoderarse, cumplió su misión y luego se encaminó á la Isla de Francia, adonde llegó en 25 de octubre; pero habiendo sabido que Haider-Alí, ex ministro del rajah de Mysore rebelado contra su soberano, se había proclamado rajah, combatía á la Compañía inglesa desde hacía algunos años y proyectaba invadir el Carnatic, siguió hacia la India. Haider-Alí mostraba simpatías á Francia y había hecho instruir su ejército por oficiales franceses. Suffren, en vista de que la escuadra de Huges le cerraba el acceso á la costa, atacóla obligándola á replegarse sobre Ceylán en febrero de 1782, y firmó luego con Haider-Alí un convenio que le permitía ocupar Gondelur y las plazas del litoral. Vencedor en dos combates, apoderóse de Trinquemalé á fines de agosto y cerca de la plaza derrotó nuevamente al almirante inglés en 3 de septiembre, viéndose los ingleses obligados á retirarse á Bombay, mientras el ejército de Haider-Alí iba á rendir por hambre Madrás. Muerto Haider-Alí en 7 de diciembre, su hijo, Tippú-Sahib, amenazado

por competidores y por los mahrattas, fué un aliado más embarazoso que útil. Bussy, antiguo compañero de Dupleix, reapareció en la India pero se dejó cercar en Gondelur, y Suffren, para salvarlo, ganó una nueva victoria en 20 de junio de 1783. En aquel momento habíase decidido la suerte de la guerra en el sentido americano.

El día 2 de mayo de 1780, había salido de Brest un ejército de socorro que á los americanos enviaba Luis XVI; componíase de seis mil hombres, al mando del teniente general conde de Rochambeau, que se había distinguido en la guerra de Siete Años, y el día 11 de julio llegó á las costas de Rhode Island, comenzando á desembarcar en Newport, en donde desgraciadamente permaneció inmobilizado un año.

Washington hallábase paralizado porque el Congreso no podía proporcionarle hombres ni dinero; los milicianos desertaban, amotinábanse algunos regimientos de Pennsylvania y los amigos de Inglaterra y de la paz conspiraban. Un oficial americano, Arnold, que mandaba West-Point, en la orilla derecha del Hudson, y tenía bloqueado por la parte de tierra en Nueva York al general inglés Clinton, proyectaba entregar á éste aquel «Gibraltar americano; pero fué descubierto á tiempo y hubo de huir». La alarma, de todos modos, había sido grande. En el Sur, el general inglés Cornwallis había derrotado al americano Green en Guilford, en la Carolina septentrional, el día 15 de marzo de 1781, y penetrado en la Virginia; debilitado por su marcha y por sus triunfos, instalóse en Yorktown, en una península, á la entrada de la bahía de Chesapeake, á fin de permanecer en comunicación con el mar y con las escuadras inglesas.

Rochambeau, desde Newport, había efectuado una marcha de ochocientos kilómetros para juntarse con Washington y atacar el ejército de Cornwallis. Después de haber dado la vuelta á Nueva York, al llegar en 2 de septiembre á Chéster, á veinte kilómetros del Sur de Filadelfia, supo que el marqués de Grasse había desembarcado tres mil hombres en el cabo Henry, en la costa Sur del canal de entrada de la bahía de Chesapeake. Este pequeño ejército habíase unido á mil quinientos hombres que mandaba La Fayette y había ocupado Williamsbourg, al Oeste de Yorktown; Washington y Rochambeau, que llegaron por el Norte, completaron el asedio por el lado de tierra. Grasse, que había rechazado, en 5 de septiembre, la escuadra inglesa de Hod, era dueño de la bahía de Chesapeake y de la vía marítima. Cornwallis hallábase bloqueado y no pudiendo resistir un bombardeo, se rindió con veintidós banderas, ciento sesenta cañones, seis mil soldados y mil quinientos marineros, en 10 de octubre de 1781. La noticia produjo en Francia gran entusiasmo y cuando La Fayette regresó á París, en 21 de enero de 1782, fué coronado de flores en la Ópera y Luis XVI le nombró mariscal de campo. «La comedia ha terminado, decía La Fayette; ha concluído el quinto acto.» Los ingleses conservaban todavía Charlestown, Savanna y Nueva York; pero estaba demostrada la impotencia de su ejército de tierra. En Inglaterra la consternación fué general; North no supo decir más que «¡Dios mío, todo se ha perdido!» Cayó el ministerio y se iniciaron negociaciones en Versalles, y una victoria que en las Antillas, en

tre la Dominica y las Santas, obtuvo Rodney sobre Grasse, á quien hizo prisionero en abril de 1782, en nada modificó el fondo de la situación.

#### VII. La paz de Versalles (1783) y el convenio de Constantinopla (1784)

Inmediatamente después de firmada la paz de Teschen, en mayo de 1779, Austria y Rusia habían ofrecido su mediación, que Inglaterra y Francia declinaron, aquélla por no entrar en relaciones con sus súbditos rebeldes y ésta porque, teniendo que vengarse de las humillaciones de la guerra de Siete Años, quería imponer la paz sin intervención de ningún árbitro. Por otra parte, no es seguro que Catalina y José II buscasen sinceramente la gloria de hacer cesar aquella guerra marítima que les dejaba en plena libertad de acción en Oriente, y es muy posible que si se hubiesen visto investidos por el arbitraje, se habrían hecho pagar su trabajo en detrimento de los aliados de Francia. Cuando supieron que se habían iniciado negociaciones directas, brindaron de nuevo sus servicios, aunque también sin resultado. A raíz de la capitulación de Yorktown y de la caída del ministerio de lord North, algunos agentes ingleses, sin carácter oficial, vinieron á Francia para cerciorarse de las disposiciones del gabinete de Versalles, y habiéndoles parecido éstas moderadas comenzaron en seguida las negociaciones. Lord Shelburne, el primer ministro, quería la paz y Vergennes cifraba su gloria en concertarla.

Las conferencias se inauguraron en París en octubre de 1782, llevándose paralelamente tres negociaciones: Entre Francia, España é Inglaterra, entre Inglaterra y los Estados Unidos y entre Inglaterra y Holanda. La paz se habría firmado pronto, de no haber sido las pretensiones de España, que exigía la restitución de Gibraltar, y de los Estados Unidos, que reclamaban el derecho de pesca en Terranova, la concesión del Canadá y la reciprocidad comercial en las relaciones con Inglaterra, y querían, además, avanzar su frontera occidental hasta el Mississipi, en lo cual no quería consentir España.

Un incidente estuvo á punto de comprometerlo todo. Los plenipotenciarios americanos firmaron con los ingleses, en 30 de noviembre de 1782, preliminares separados; y aunque añadieron al convenio una cláusula que subordinaba la conclusión de la paz definitiva entre Inglaterra y los Estados Unidos á la firma de la paz general, el gobierno inglés se aprovechó de su inteligencia con los americanos para rechazar toda proposición relativa á Gibraltar. La opinión pública en Inglaterra oponíase furiosamente á la cesión de aquella plaza, así es que los ingleses ofrecieron, en compensación de la misma, primero la Florida oriental y después toda la Florida, diciendo que esta era su última palabra. El conde de Aranda, embajador de España en Francia, cargó con la responsabilidad de aceptar el arreglo, á pesar de las instrucciones que tenía recibidas, ofreciendo, según decía, «su cabeza á su patria.» Por otra parte, Francia é Inglaterra firmaron sus preliminares de paz en 20 de enero de 1783. Las negociaciones entre Inglaterra y Holanda se prolongaron hasta el 2 de septiembre. Al día siguiente firmóse en Versalles el tratado de paz.

Los holandeses recobraron todas sus colonias, menos Negapatam, en la India.

Inglaterra reconoció como Estados libres, independientes y soberanos á los trece Estados Unidos, cuyos límites se fijaron al Norte en las posesiones inglesas del Canadá, al Sur en la Florida, que pasaba á ser española, y al Oeste en la corriente del Mississipi, y cedió á España, además de la Florida, la isla de Menorca, pero conservó Gibraltar.

Francia é Inglaterra se restituyeron mutuamente lo que habían conquistado en las Indias Orientales y Occidentales. Francia obtuvo la isla de Tabago, á cambio de la Dominica que pretendía conservar; en Africa recobró la posesión de las factorías del Senegal que había perdido en el tratado de París; y en Terranova conservó toda la propiedad de los islotes de Saint-Pierre y Miquelón y permutó su derecho de pesca en la costa oriental de la isla, desde el cabo de Buenavista hasta el cabo San Juan, por el derecho de pesca en la costa Nordeste y Oeste, desde el cabo San Juan hasta el cabo Raye. Además consiguió la abrogación de los artículos del tratado de París que le prohibían fortificar Dunkerque y le obligaban á tolerar allí la presencia de un comisario inglés. Un tratado de comercio que debía firmarse en el término de dos años había de determinar las relaciones económicas entre las dos potencias. A los representantes de Austria y de Rusia se les invitó por pura cortesía á poner sus firmas al pie de los tratados.

La paz fué muy vivamente criticada en Francia y en Inglaterra; el ministerio Shelburne cayó y los franceses reprocharon á Vergennes el haberse mostrado demasiado complaciente en el arreglo de los asuntos de la India y el haber aceptado, después de los triunfos de Suffren, el restablecimiento del *statu quo ante bellum*. La libertad de fortificar Dunkerque y la retirada del comisario inglés, la posesión en plena propiedad de las islas de Saint-Pierre y Miquelón, la adquisición de Tobago y de las factorías del Senegal, que entonces parecían sin importancia y sin porvenir, considerábanse como una compensación insuficiente de cinco años de guerra y de un gasto de más de mil millones. También se censuraba la permuta, en Terranova, de una zona de pesca ventajosa por una línea de costas más extensa pero menos abundante en peces. Vergennes, sin embargo, habría podido contestar que la guerra había costado muy cara, que los españoles eran unos aliados incómodos, y que la pesca del bacalao en la costa oriental era causa de continuas disputas entre los marinos ingleses y franceses y de posibles conflictos entre ambos gobiernos. Sus defensores celebraban los beneficios de la paz, la restitución de las factorías de Africa y la gloria de haber libertado Dunkerque y el territorio de Francia de la presencia y de la intervención del comisario inglés. En realidad, los intereses coloniales parecían á Vergennes, como á casi todos los hombres de Estado franceses, de mediana importancia; lo esencial para él era haber realizado el prestigio de Francia en Europa. Y, además, quería tener libres las manos para proceder, en cuanto fuese todavía posible, contra los eternos perturbadores de la paz en Oriente (1).

(1) Sobre los asuntos de Oriente:

FUENTES: *Correspondance de Catherine II avec le Grand-Duc pour son voyage* («Société imperiale d'histoire russe,» t. IX, y el